

Vicente Blasco Ibáñez  
11 de Febrero  
(*El Pueblo*, 11-2-1903; *El Motín*, 14-2-1903)

Hoy cumplen treinta años que se proclamó la República española...

Es verdad que ha desaparecido gran parte del aparato con que se conmemoraba en otro tiempo esta fecha simpática. Ya no hay banquetes; apenas si se celebran veladas conmemorativas: los republicanos muestran cierta resistencia a asamblearse en torno de una mesa de fonda para brindar «por el inmediato triunfo de los ideales».

Pero el monárquico que tomase pie de esto para suponer debilitado el entusiasmo o disminuida la fuerza del partido republicano, incurriría en error. Es simplemente una transformación de las costumbres del partido. Tan fuerte es el republicanismo hoy como ayer, o tal vez lo sea más. La diferencia está en que las nuevas generaciones consideran inocente reunirse a comer a duro por cabeza para lanzar a los postres el brindis de rigor, yéndose después a dormir tranquilamente; y emplean su tiempo y su dinero en manifestaciones menos brillantes, pero más útiles, que abren camino a sus ideales y aseguran el triunfo, no con la ráfaga del entusiasmo momentáneo, sino con la firmeza del hecho que sobreviene por las leyes de la lógica.

El republicano que antes se reunía el 11 de Febrero para dar vivas a la República y después en mucho tiempo no se acordaba de ella, funda ahora centros de instrucción, lee y aprende, y es fuerte no solo por su brazo, sino por la inteligencia.

Los mismos reaccionarios reconocen que en las ciudades donde predomina el partido republicano, las masas revolucionarias son más instruidas que las clases conservadoras, y los que visten blusa resultan más intelectuales que muchos privilegiados que miran con desprecio la instrucción.

Sírvannos de estímulo a todos los republicanos para continuar nuestra obra, los progresos realizados por la gran familia a que pertenecemos.

No es ya oportuno hablar de la República de 1873. Nada nuevo puede añadirse a su historia; innecesario es repetir que fue el único gobierno legal que tuvo España en el siglo XIX, el único que nació de la voluntad nacional y no de la fuerza del engaño. Todo el mundo sabe esto.

Pero sí debemos sacar consecuencias de que el partido subsista, vigoroso y fuerte, después de treinta años de desgracia, para probar su inmortalidad.

El día en que la segunda República española sea un hecho y lleve treinta años de vida, ¿cuántos monárquicos quedarán en este país, no ya en partido organizado y fuerte, como nosotros, sino en grupo siquiera?

El realismo en Francia fue más intelectual y más bravo que el de aquí, y sin embargo, ¿qué partido monárquico existe en la vecina nación desde hace algunos años? Hasta el nacionalismo, con tus propósitos reaccionarios, siente rubor de mostrarse tal como es, y se finge republicano. Ningún partido realista ha podido sobrevivir allí a la consolidación de la República, y las soluciones monárquicas quedan descartadas de todas las combinaciones políticas.

¿Cuánto resistirían los partidos monárquicos de España dentro de una república? No hay más que ver nuestra política de hoy para darse cuenta de la escasa fe de los que en ellos militan. Basta que un partido monárquico pase dos años alejado del poder, para que cunda la indisciplina, comience la desertión y se pierda la fe en el llamado programa, volviendo todos sus ojos y encaminando sus pies hacia el éxito.

El día en que la República sea un hecho en España por segunda vez, los republicanos de siempre tal vez seremos atropellados por los actuales defensores del trono, que correrán ansiosos hacia nosotros gritando: ¡viva la República! con la misma voz de estómago con que hoy gritan ¡viva el rey! Pocos tendrán el pudor y la honradez de permanecer fieles hasta la muerte a las instituciones que hoy adulan.

En cambio, el partido republicano, ¡qué hermoso alarde de fuerza ofrece, viviendo y creciendo sin que los años lo quebranten, ni la adversidad lo debilite!..

¡Treinta años en la desgracia, caminando por las sendas abruptas de la conspiración, del trabajo revolucionario, perseguido por el odio del fanático, destrozado por la calumnia del jesuita y herido muchas veces por la ingratitud del mismo pueblo por el que lucha!... En treinta años se hubiesen formado y deshecho los partidos realistas un sinnúmero de veces y no quedaría ni rastro de monarquismo. Y después de treinta años, el partido republicano es más fuerte, más decidido e inspira más esperanzas —por estar templado en la adversidad— que el que proclamó la primera República.

¡Por qué pruebas hemos pasado! La traición y la ingratitud se cebaron en nosotros. Apenas si hay monárquicos hoy que no fuesen republicanos ayer. Moret, Canalejas y qué sé yo cuántos más, republicanos fueron. Grupos enteros siguiendo los impulsos de la concupiscencia desertaron de nuestras filas, insultando antes a los que permanecían fieles, conducta observada siempre por los que huyen con la conciencia

turbada... Y a pesar de tales desprendimientos y de ser continuas la traición y la apostasía, el republicanismo no muere ni enferma siquiera.

Nos dividieron escrúpulos de programa, y aún por desgracia nos separan diferencias de agrupación, inconcebibles ante la grandeza de la obra común; pero el buen sentido se impone, cada vez se constituyen núcleos más amplios donde se fusionan las fuerzas republicanas, y el tiempo nos conduce irresistiblemente a la formación del partido único.

Caen bajo el peso de los años, los viejos, los mártires, los veteranos de la República, todos los del período heroico de nuestra propaganda, y no se nota ni un claro en las filas del republicanismo. En plena República, al morir los últimos monárquicos, seguramente que no saldrían jóvenes que se disputasen ocupar sus puestos. Y entre nosotros, a pesar de que el republicanismo no ofrece las dulzuras de los partidos gobernantes, no se nota ese silencio mortal que domina a los partidos cuando les falta la recluta de las nuevas generaciones. De la Universidad, del taller, del campo, acude la juventud a alistarse bajo la bandera republicana.

¿Qué les ofrecemos? La lucha a todas horas contra lo existente; la batalla, muchas veces dentro del hogar, contra el fanatismo de la familia; tal vez sangrienta lucha en las calles, los peligros personales de la revolución, la cárcel o la muerte..., y sin embargo, ninguno retrocede. ¿Por qué? Porque la República representa la dignidad de un país que está en condiciones para gobernarse por sí mismo, sin necesitar la ridícula dirección de una familia que nada dirige; porque la República es la resurrección nacional, la vida al sol de la Justicia, ÚLTIMA ESPERANZA de renacimiento español.

Pasan los años y no morimos. Nos hieren por la espalda y no caemos. Nos entierran bajo persecuciones y calumnias y resucitamos.

Los revolucionarios somos inmortales como los antiguos dioses.

Llevamos en nosotros una fuerza avasalladora, implacable, gigantesca, que aplasta altares y tronos, que pulveriza supersticiones y reyes: el Porvenir.